

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.



NÚMERO 1.

“Teneis mucha razon, mi querido amigo, vale mas escribiros. Cuand se disente con alguno á quien se ama un objeto interesante, está uno espuesto á acalorarse y conozeo que esto es precisamente lo que debe evitarse entre nosotros, y tambien porque esto evita cosas que hacen mal en el momento y aun despues. Yo tendria mucho gusto en terminar por lo que pertenece á madama de Sillery [madama Genlis], pero estais impaciente por saberlo. Asi, hablemos de ello, mi querido amigo, para no volvernos ya á ocupar del asunto, y porque no tan solo tengo necesidad de reposo sino de gozar de los beneficios que me habeis hecho. Habeis hecho ya mucho por mi felicidad al consentir en darme mis hijos algunas veces todas las semanas. Estos serán unos momentos de dicha que os deba y que derramarán la dulzura en los dias de mi vida. No quiero ya volver á tratar de lo pasado como os he dicho, pues las faltas que echo en cara á madama de Sillery, existen y no pueden ser destruidas ni por su diario ni por todo lo que pueda deciros. “Yo soy quien ha visto y oido todo lo que tanto me desagradó.” No es sino el porvenir quien puede hacer que vuelva á ocuparme de ella: ella no puede justificarse pero podrá reparar; y si veo que su modo y el de mis hijos es de la manera que debo esperar, seré justa y tendré mucho gusto en olvidar los motivos de disgusto que me ha dado. Ahí teneis, amigo mio, lo que existe en mi corazon y lo que ya he comenzado á sentir. Madama de Sillery ha estado conmigo en estos dias de flato; la he soportado: ayer ha tenido conmi-



gó una fina atencion, me ha escrito una muy cumplida carta, de la que encargué á mi hija la diera las gracias respondiéndole otra que hasta á vos os hubiera contentado. En fin, yo reglaré mi conducta por la suya. ¿Qué mas quereis, amigo mio? Esto no es decir que yo le dé mi amistad, mi confianza; no, cuando ellas han sido heridas por tan repetidas veces, es imposible que se pueda volver á quedar como antes; solo si madama de Sillery puede contar como siempre con todos mis miramientos y señales posibles de atencion. Yo tendria mucho gusto en asegurar de toda mi consideracion á la persona que educa á mis hijos, pero no será por mi culpa si no lo hago. Debeis estar contento de mí, yo lo espero de vuestra justicia; pero otra vez os ruégó no discutamos de la manera con que juzgo á madama de Sillery. Menos puedo hacerlo ahora que antes; porque anteriormente, cuando me separé de ella, vos no tratabais de justificarla y solo me deciais que teniais poderosas razones para conservarla. Yo al menos tenia el gusto de haceros un sacrificio que conociais: mas ya hoy me decis que madama de Sillery "hace vuestra felicidad, que ella me ama," y os confieso que cuando me decis esas cosas me siento morir. Alejemos cuanto podamos, amigo mio; todo aquello que puede turbar nuestra union y seamos el uno para el otro lo que siempre. Sabeis bastante bien que no podreis tener mejor amigo que yo, para que tenga necesidad de repetiroslo; espero que siempre habreis juzgado así, como tambien el que nadie podria destruir la confianza que tengo en vos. Yo me atrevo á decir que la he merecido siempre y que me seria sensibilísimo el que llegaseis alguna vez á dudar de ella. Los que os han mandado esta noticia tenian razones, sin duda, para dar crédito á una cosa que es desmentida por mis acciones; porque seguramente no ha pasado un solo dia de vuestra ausencia sin que haya sentido todo lo que os estimo; pero, como lo habeis dicho ya, se tenia el proyecto de desunirnos.....

"Me resta solo hablaros de un asunto bastante interesante y con respecto al cual quiero sepais sin rebozo mi modo de pensar. Adivinareis ya que la señora de Buffon es la que está en cuestion y os confieso que al principio de vuestra amistad con ella he llegado hasta á exasperarme. Acostumbrada á ver en vos ideas caprichosas me espanta y afecta mucho al veros contraer un vínculo que podria robarme vuestra confianza. La conducta de la señora Buffon, despues que os amistasteis con ella, ha hecho que abandonase la predisposicion que tenia para con ella: he conocido una adhesion tan verdadera á vos, un desinteres tan grande, y he visto que es tan buena para conmigo, que no ha podido dejar de interesarme. Es imposible que nadie que en verdad os ame deje de tener derechos sobre mí, y ella los tiene tan verdaderos, que bien podeis estar tranquilo sobre este punto: os lo repito, amigo mio, lo que yo desearia, lo que haria mi felicidad, seria el que estuviéseis completamente contento de mí, y que encontraseis en vuestra mujer una sociedad dulce que os atrajese y contribuyese á vuestra dicha. Me habeis dicho que ibais á venir

á verme con mas frecuencia y así os lo recuerdo, pues me interesa no olvideis vuestra promesa; por otra parte, os repito, que tendreis una sociedad que os convendrá: si me lo prevenis la vispera, encontrareis siempre aquella mujer que podrá seros lo mas agradable posible, y si me lo decis por la mañana y no puedo ya á esa hora procurároslo, estareis seguro al menos de no encontrar quien os desagrade.

"Despues de lo que me habeis dicho, amigo mio, con respecto á la observacion que hice á mi hijo, yo creo que haria bien de decirle que si me hubiera hecho conocer vuestra intencion me habria yo detenido á la primera palabra. No es que haya yo cambiado de modo de ver las cosas, sino que si nuestros hijos pueden creernos opiniones diversas, deseo que ella no influya en su conducta pues eso no les podria venir muy bien y, en este punto, por lo que á ellos toca, yo les daria ejemplo de sumision. Todo esto debe probaros, querido amigo, que con respecto á las cosas que no miran esencialmente á la futura existencia de mi hijo, cedo y cederé siempre; pero el paso que quiero dar es de un género tan grave que no puedo menos de hacer algunas reflexiones sobre ello. Es un deber de vos para con él y de él para con vos. Os repito que me ha causado ayer una pena mortal, y os declaro que me he sorprendido y afectado mucho al ver que consentiais en una transaccion de esta clase sin haberme dicho ni una sola palabra. Os confieso que esperaba ser consultada en lo que mira á mi hijo. Si esto no es así estoy destinada á representar un papel pasivo, y tengo demasiado buen sentido y adhesion á vos para hacer ver á mi hijo que desapruero en lo que consentis ó aconsejais, pues resultarian de ello cosas no muy buenas para el uno ó para el otro ó bien para los dos. Esta nulidad no la echaria de ver al punto, pero reflexionaria despues y, ó me creeria nula por carácter y no tendria ni confianza ni deferencia para conmigo, ó veria que se me han quitado mis derechos y que esta nulidad era forzada. Tratar en este caso de acercarlo á mí, de iluminarlo, seria, en alguna manera, alejarlo de vos y seria menester ó cerrarle mi corazon ó correr este riesgo. Esta reflexion me es horrorosa, penosísima, porque cualesquiera de estos dos inconvenientes me affigiria muchísimo. Os hablo en general y sobre todo en lo que pueda tener relacion con su conducta: en cuanto al objeto, no puede ignorar mi opinion, porque estoy segura de que mi padre dirá y aun tendrá mucho cuidado de hacer que digan que estoy descontenta de que mi hijo vaya á los Jacobinos y tal vez exija que yo le diga mi opinion á él mismo, á fin de que no pueda en algun dia echarme en cara el que no se lo advertí. Estais convencido vos mismo, querido amigo, de que hay grandes inconvenientes, examinémoslos nosotros mismos y veamos si las ventajas pueden contrabalancearlos. Otra vez aun; si los Jacobinos estuviesen compuestos solamente de diputados, fueran menos peligrosos, porque serian conocidos por su conducta en la asamblea y podria prevenirse á mi hijo. Pero ¿cómo ponerlo sin custodio frente á frente de un "mon-



ton" de gentes, que es la mayoría, tan propias para desviar á un jóven de diez y siete años? Si mi hijo tuviese veinticinco no se me daría cuidado porque podría distinguir por sí mismo; pero á los diez y siete, arrojado en medio de una sociedad semejante... en verdad, amigo mio, que no es racional: y seamos nosotros quienes seamos, sean quienes fueren sus parientes que, para concluir su educacion, lo entregan á los Jacobinos, me parece y parecerá seguramente á todo el mundo una cosa inconcebible, y que me haría, á la verdad, sentir que hubiese salido de las manos de madama Sillery. Para que aprenda á hablar es para lo que quereis pasar por alto los peligros que vos no afrontareis en su lugar, y me decis, amigo querido, para hacerme ver, como vos, estas ventajas, que un buen orador ingles no lo sería si no hubiese aprendido temprano. Os responderé solamente á eso, que seguramente asistiendo á las sesiones del parlamento, los assises y á las defensas es como se aprende aquel arte y que mi hijo tendrá la misma facilidad sin necesidad de ir á los Jacobinos. Que vaya á la asamblea y á los tribunales cuando ya estén establecidos y, por pocas disposiciones que tenga, aprenderá á hablar como se aprende en Inglaterra. Por otra parte, ¿por qué no hemos de esperar la nueva legislatura? No ha sido diferida sino para dentro de algunos meses, y tal vez en esta legislatura se apreciará á los Jacobinos como ha estado ya en cuestion."

## NÚMERO 2.

"Señores:

"Teneis conocimiento del decreto que suprime todo orden, toda señal exterior que suponga distincion de nacimiento y espero por lo tanto que me habreis hecho la justicia de creer que soy demasiado amigo de la igualdad para haber dejado de aplaudirlo con trasporte. He abandonado inmediatamente y con el mayor placer, estas frívolas insignias de distincion á las que por tanto tiempo se ha dado una consideracion que no es debida sino al mérito y que en adelante él solo obtendrá. Este último decreto publicado en los momentos en que se prepara la revision de los trabajos de la asamblea, debe hacernos esperar que ella mantendrá como constitucional, todo lo que ha decretado ya con respecto á títulos y nobleza, y que los franceses, libres é iguales, no se distinguirán ya sino por los servicios que presten á la patria. A ellos será á quienes se reserven las insignias verdaderamente honrosas, y las

señales por las que se reconozcan desde luego á los que tienen derecho á la estimacion pública; cuanto mas desdeñaba yo aquellas que no debía mas que al azar del nacimiento, tanto mas me gloriaré un dia de las otras, si soy bastante venturoso en encontrar ocasiones de merecerlas: ellas no pueden faltar á mi celo por la cosa pública, porque si á defecto de acciones bastante brillantes para atraer sobre mí las miradas de mis conciudadanos y las recompensas de mi patria, bastan los sentimientos bien conocidos y una vida entera dirigida únicamente á su servicio, si bastan, digo, para obtener estas señales de honor, tengo la plena confianza de hacerme digno de ellos."

## NÚMERO 3.

"Mi querido Chareite:

"¡Cuántos acontecimientos no han pasado desde que, felices y tranquilos, gozábamos juntos de la vida y de sus placeres en esta Vendée, de la que no conocíamos entonces, ni vos ni yo la grandeza. He gozado hermosos dias, era poderoso, he debido hacer muchas cosas pero me detuve antes de tiempo. Era necesario dejar á la revolucion tiempo para que arrojase su saliva. Vos y los vuestros os habeis lanzado en medio, y lo que yo preví cuando recorria vuestro pais se ha realizado. La guerra civil, tal cual ha sido en él organizada, es una fuerza que la República francesa, que tiende á su disolucion, no vencerá jamas; pero despues de vuestros triunfos es necesaria la paz, mi querido caballero, y no podreis hacerla sino estableciendo un trono. Conocéis la sinceridad de mis sentimientos para con vos: como soldado, admiro vuestro valor; como general admiro mas aun los talentos que desarrollais. Pero ahora os pregunto cómo, en caso de alcanzar buen éxito, volvereis á constituir la monarquía en presencia de tanta clase de obstáculos que aparecen en mi retirada, turbada con tanta frecuencia por nuevos acontecimientos. Mi vida es casi tan errante como la vuestra, tan solo que, tengo mas espacio aunque menos gloria; y no veo en vos sino un medio grande y legítimo para salir del apuro. He reflexionado mucho sobre las causas que han traído, desarrollado, madurado y matado la revolucion, y digo matado, porque ella ha muerto desde el dia en que no quiso ya hacer miedo. Y bien ¿sabeis á qué me han conducido mis reflexiones? Al punto de que partimos en 1789. Es necesario un rey á la Francia: ella no tiene nada de republicano ni en su carácter ni en sus costumbres, y por el contrario es revolucionaria por esencia porque los últimos monarcas



no han comprendido adonde queria ir. La monarquía que necesita no es la de Luis XIV pues han producido nuevos intereses: el estado llano, por tanto tiempo oprimido, ha conocido su fuerza, aun abusaba de ella y la ha doblado por la confiscacion de los bienes del clero y de la nobleza. Es menester, pues, un rey, pero un rey que dé al estado llano las garantías que los Borbones ofrecian al clero y á la nobleza. La sancion de todo lo que se ha hecho, bien ó mal, es lo que debe acordársele. ¿Pensais que los Borbones, por quienes combatis, sean gente capaz de aceptar semejantes condiciones? Habeis, en todo el negocio, obrado con mucho buen juicio para no conocer que entre los Borbones y la Francia hay hoy un muro que los separa. En el extranjero, en las cortes, entre los emigrados mismos domina esta idea pues se ven príncipes sin energía y sin voluntad, entregados, como si estuviesen en Versalles, á aduladores que no tienen mas que adhesion de antecámara. Estos príncipes son imposibles: pero en esta familia, bien lo sabeis, no ha estado en mi mano el arrancar del cadalso la cabeza de su gefe pues se hallan otras ramas que no están tan endurecidas en sus ideas absolutas. Sin hablar de la de Condé, en que el duque Enghien es el héroe, tenemos á la familia de Orleans: sufrid aquí, mi querido Charette, el que os hable con el corazón en las manos porque esto que escribo puede realizarse fácilmente, y proscritos hoy ambos por la revolucion, podremos mañana ser empleados por ella como sus reguladores y libertadores. El nuevo duque de Orleans que anda errante y fugitivo, no tiene nada de que pueda acusarse con respecto á los acontecimientos en que su padre, á pesar de todos nosotros, tomó parte. Yo sé que este último es execrado por los exaltados de nuestro partido y que ni aun la muerte podrá apagar sus odios. ¿Qué se deduce precisamente de esto? Que el jóven duque de Orleans es el único medio de transaccion posible entre la República y la monarquía. Tiene este sus ideas fijas sobre ciertos puntos, y á pesar de su juventud está dotado de bastante buen sentido. Bajo el nombre de su padre, que era una bandera contra la corte, por él era por quien trabajaban los girondinos. Queriamos llegar sin sacudimientos, y sobre todo sin matanzas á nuestro objeto, pero los Jacobinos nos lo han impedido: ahora que están ya anonadados, y bastante bien pues hartó lo sé, me dirijo á vos para que volvais la paz y la felicidad á la Francia. Monseñor de Orleans, á quien he tenido á mis órdenes, y quien, no lo dudaré jamas, es el primero que honra vuestra adhesion á unos principios que han sido siempre los suyos, á pesar de algunas debilidades y de algunas coneciones hechas á la exigencia de la época, Monseñor de Orleans, repito, no ha sido consultado por mí en nada de esto; pero creo poder alcanzar la caucion y espero que llegado que sea el dia no me desmentirá. Ahora bien, mirad lo que tengo que proponeros.

“La convencion va á cerrar bien pronto su carrera y la mayor parte de sus miembros van á volver á entrar en la obscuridad. Muchos de ellos con quie-

nes he tenido siempre correspondencia, no quieren mas que terminar la revolucion que han hecho. Todo se halla nivelado: conocen que es necesario relevar alguna cosa y son nuestros. Su influencia sobre las secciones de Paris es inmensa. El pueblo está cansado y se pondria fácilmente bajo un rey que halagase su orgullo, que hubiese tomado parte en la revolucion y que no estuviese continuamente en pugna con él.

“Pero todas estas buenas disposiciones que os indico, y las del ejército, que no son ya nada hostiles, y todo lo que tiende á un mismo fin aunque por medios diestramente combinados, no puede tener éxito sin vuestro socorro.

“Reuniéndose los dos partidos y los dos ejércitos, ya conoceréis cuan próspero va el negocio. Ya veo desde ahora todas las objeciones que podreis hacerme.—¿Consiente el príncipe?—Salgo fiador por él.—¿Teneis la mayoría de la Convencion?—Sí, y si algun voto faltare podria comprarse. Se hallan siempre de venta y mas cuando se buscan.—¿Estáis seguro del ejército?—No ve ya la hora de volver á oír la voz de su viejo general: por otra parte, hemos hecho reconocimientos.—¿Qué hareis de los Borbones?—Lo que ellos quieran ó lo que vos querais. Se les dejará en destierro ó despues de algunos años de un nuevo reinado podrán volver á Francia. No son de temer.—¿Qué bases de gobierno pensais establecer?—El sistema constitucional de la Asamblea nacional, con las modificaciones que el tiempo ha hecho.

“No os diré yo ahora lo que, en este estado de cosas hará por vos el reconocimiento del príncipe y de la nacion. Bien conoceis que os seria dado todo aquello que puede lisonjear la ambicion de un hombre. Os han hecho teniente general; siendo ya rey el duque de Orleans, podria y sabria reconocer mejor el servicio que hiciérais á la patria. En cuanto á la Vendée y sus tropas, no tendreis mas que hablar, vuestras súplicas serian órdenes. No es una conspiracion lo que os propongo ni mucho menos una vergonzosa traicion sino que veo el negocio bajo otro punto de vista mas elevado y como vos lo vereis tambien: es el triunfo de nuestras ideas constitucionales cimentado por el tiempo mismo de nuestros principios monárquicos. Es la Vendée dando un rey á la revolucion. ¿Comprendeis este papel, querido Charette? Es mas hermoso que el que Monk habia reservádose en Inglaterra, como tambien sois vos mas digno para desempeñarlo.

“Os escribo cabalmente á la hora en que el gobierno británico acaba de comprometer en Québeron á todos los infelices emigrados que tienen mas valor que táctica y es menester impedir se renueven semejantes calamidades. Se me asegura que el conde de Artois va á intentar un descenso á vuestras costas. Si esta carta os llegá antes de la espedicion anunciada, creed en lo que os he dicho las palabras de un amigo,—no os fieis en los ingleses: ellos os perderán por él.—Reflecionad, sobre todo, lo que os he propuesto; no hay mas que un órden de cosas posible, y este es la monarquía constitucional. Los Borbones no la comprenden y es menester os dirijais á un príncipe



que no asore á ningun partido, y que pueda confundirnos en un mismo amor. Comprendeis bien que vos sois quien teneis siempre el mejor lugar entre sus afectos y reconocimiento. Adios, amigo mio.—Haceos bien de todas las razones que me conducen á escojerós como el Atlas del nuevo reinado y, creedme, con los sentimientos de admiracion y de esperanza.

“Vuestro muy humilde rervidor

“DUMOURIEZ”

“P. S. Se me anuncia que vos y vuestros tenientes disponeis de mas de cuarenta mil hombres. No es menester tanto para obrar. Si, como no puedo dudarlo, aceptais las proposiciones que estoy encargado de haceros, proposiciones que hacen de vos el segundo de la Francia, no hagais con la tropa sino los menos compromisos posibles, é imbuid á vuestros soldados ideas racionales. Escribidme; y, como no hay tiempo que perder, inmediatamente que tenga vuestra última resolucion, abandonaré la precaria hospitalidad que con frecuencia me disputa el extranjero, iré á Paris y la revolucion será consumada.”

#### NÚMERO 4.

“Monseñor:

“¿Me permitis os escriba desde un rinconcito de la Suiza cuyo nombre, estoy cierto, resonará mas grato á vuestro corazon que á vuestro oido?”

“He llegado ayer á medio dia á Reicheneau.

“Este pueblecito del canton de Grisons, no tiene de notable mas que la extraña anécdota que le acompaña.

“Hácia el fin del último siglo, el burgomaestre Tcharner de Coire, estableció un colegio en Reicheneau. Se buscaba por todo el canton un profesor de francés, cuando se presentó un jóven á M. Boul, director del establecimiento. Este jóven era portador de una carta de recomendacion firmada por M. Aloyse Jost de Saint-Georges; era francés, hablaba, como su lengua nativa, el ingles y el aleman, y podia, ademas de estas lenguas, profesar las matemáticas, la física y la geografía. El hallazgo era muy raro y maravilloso para que el profesor lo dejase escapar, y por otra parte el jóven era modesto en sus pretensiones. M. Boule se ajustó con él por mil cuatrocientas libras anuales y el nuevo profesor entró á funcionar en Octubre de 1795.

“Este jóven era vuestro padre, Luis Felipe de Orleans, en otro tiempo duque de Chartres y hoy rey de Francia.

“Lo confieso, monseñor, no fué sino con una emocion mezclada de orgullo con la que en los mismos lugares, en esta recámara retirada en medio del corredor, con la puerta de entrada de dos hojas, con las laterales pintadas de flores, las chimeneas colocadas en los ángulos de los cuadros de Luis XV rodeados de arabescos de oro y con su cielo raso todo adornado, en esta recámara, digo, en que habia profesado el duque de Orleans, vuestro padre, hice me dieran pormenores de esta singular vicisitud de una fortuna real que, no queriendo mendigar el pan del destierro, lo habia comprado dignamente con su trabajo. Un solo profesor, colega suyo, un solo colegial, su discípulo, existen hoy aun.

“El profesor es el romancero Xschokke, el colegial, el burgomaestre Tcharner, hijo del mismo que habia fundado la escuela.

“En cuanto al digno Bailio, Aloyse Jost, murió en 1827 y fué enterrado en Zitzers, su ciudad natal.

“Hoy no queda ya nada en Reicheneau del colegio en que profesó un futuro rey de Francia, á escepcion del cuarto de estudio que hemos designado y la capilla que da al corredor con su tribuna y su altar superado de un crucifijo pintado al fresco: en cuanto á lo demas de los edificios, han venido á ser una especie de “vila” perteneciente al coronel Pastaluzzi. Y este recuerdo, tan honroso para todo frances, amenazaria desaparecer con la generacion de los ancianos que en él mueren, si no conociésemos un hombre de corazon artista, noble y grande, que no dejará olvidar nada, así lo esperamos, de lo que es tan honroso para él y la Francia.

“Este hombre sois vos, monseñor Fernando de Orleans, vos que, despues de haber sido nuestro concollega, sereis tambien nuestro rey. Vos, que desde el trono á que subireis un dia, tocareis con una mano la vieja monarquía y con la otra la jóven república.

“Vos, que heredasteis galerias en que están encerradas las batallas de Taillebourg y de Fleurús, de Bourvines y de Aboukir, de Aziucourt y de Marengo, vos que no ignorais que las flores de lis de Luis XIV son los hierros de las lanzas de Clovis; vos que sabeis tan bien que las glorias de un pais son siempre glorias, cualquiera que sea el tiempo que las ha visto nacer y el sol que las ha hecho florecer; vos, en fin, que podeis ligar á vuestra real diadema dos mil años de recuerdos y hacer de ellos el haz consular de los lictores que marcharán delante de vos.

“Entonces, monseñor, será grato para vos acordaros de este pequeño puerto aislado, en el que, pasajero batido por la mar del destierro, y marinero impelido por el viento de la proscripcion, vuestro padre encontró un tan noble abrigo contra la tormenta.

“Será grande para vos, monseñor, el mandar que este techo hospitalari